

Homenaje a Vaz Ferreira

Arturo Ardao*

En octubre de 1892, hace exactamente sesenta años, un difundido diario de Montevideo publicaba una nota con este título: "De Carlos Vaz Ferreira". Seguían estas palabras explicativas: "De una colección de pensamientos aparecidos en **Las primeras ideas**, con el seudónimo **docteur Pascal**, tomamos algunos que son de verdadero mérito. Pertenecen al aventajado estudiante Carlos Vaz Ferreira".

Con una incipiente aureola de pensador, llegaba así al gran público por vez primera, tras pasando el marco de las aulas y de las revistas estudiantiles, el nombre hoy fatigado de celebridad de Vaz Ferreira. Contaba éste veinte años apenas cumplidos. Pero estaba imperiosamente resuelta ya su vocación, prefigurada por entero su personalidad. Entre los pensamientos que reprodujo en aquella ocasión el diario montevideano, tempranamente tocados todos ellos por la típica manera vazferreiriana, figuraba éste:

"Cada generación que aparece es una nueva corriente que se dirige al porvenir: llegaría completa hasta él si no existiera un abismo, el remolino de la política en que van a precipitarse todas esas inteligencias. El remolino las absorbe y las estrecha a medida que va estrechando sus espirales. Y entonces se ven unos pocos elegidos que pasan nadando trabajosamente asidos de una tabla de salvación: alguna obra científica o histórica, alguna obra filosófica, algún drama de Shakespeare o algún poema de Homero."

Desde la situación vital de su autor, en la móvil vanguardia de una generación que aparecía, esa reflexión —no importa aquí su validez intrínseca— era una autorreflexión. Todo un programa, a la vez, quedaba inscripto en ella. Los elegidos de que allí se habla, son en definitiva autoelegidos. Tal elección es una autoelección. Y Vaz Ferreira no parece haber tenido dificultades en hacerla suya. El escolar docteur Pascal de 1892 era ya —y la hazaña estuvo en poder y saber seguir siéndolo— el pensador de la *Lógica Viva* de 1910 o del *Fermentario* de 1938.

Es hermoso comprobarlo, como una forma de homenaje que acaso le resulte especialmente grata, en este octubre de 1952 en que rodeamos al filósofo, con admiración y gratitud, en sus

* Palabras pronunciadas en el homenaje tributado por la Facultad de Humanidades y Ciencias, en octubre de 1952, en ocasión de los ochenta años de Vaz Ferreira.

ochenta años de edad. Es hermoso comprobarlo para ratificar que, en el campo de la filosofía, él ha sido en su generación el gran elegido —autoelegido— al que una auténtica obra salva, según lo quería, del naufragio incesante del tiempo.

...

Cuando Vaz Ferreira recibía aquel lejano espaldarazo periodístico, toda una etapa de la vida filosófica nacional llegaba a su fin. El histórico ciclo de polémica entre el espiritualismo y el positivismo —en el que la pasión, así fuera nobilísima, usurpó tantas veces el sitio de la reflexión— languidecía en sus últimas escaramuzas. Las armas ideológicas estaban gastadas, agotados sus combatientes.

Justamente un año más tarde, en octubre de 1893, un episodio análogo al que vivimos ahora —el único en nuestro pasado que lo sea— constituyó, sin proponérselo, su clausura solemne. Fue el gran homenaje nacional que al cumplir sus setenta y ocho años, le fue tributado a Plácido Ellauri, el viejo profesor espiritualista, por excelencia representativo de la filosofía en el Uruguay de la segunda mitad del siglo anterior, como en la primera del actual habría de serlo —salvadas todas las distancias de personalidad y de época— Vaz Ferreira. “Las dos escuelas, el positivismo y el espiritualismo —comentó alguien muy poco después del episodio— olvidaron sus antagonismos para venerar al viejo apóstol de otros días”. El olvido no fue ocasional. Una época, un mundo, quedaban para siempre a las espaldas.

Pero otra época, otro mundo, tenían en aquel ocaso su aurora. De aquel decadente primer lustro de la década del 90, un nuevo espíritu iba a emerger, estremeciendo nuestras playas al primer contacto de una onda filosófica que recorría la cultura occidental. Representante máximo de ese espíritu profundamente innovador estaba a ser llamado Carlos Vaz Ferreira. En forma vertiginosa se hizo cargo de su papel. El desconocido estudiante de 1892, era ya en 1895 catedrático sustituto de filosofía. En 1896 actuaba como inspirador e informante de una comisión revisora del plan y los programas de la materia. En 1897 obtenía en propiedad la cátedra a través de un célebre concurso y publicaba su primer libro. Desde entonces —veinticinco años de edad— quedó erigido por varias décadas en el árbitro del pensamiento filosófico en el Uruguay.

Todos los grandes rasgos con que la nueva época se distinguió de la precedente, fue principalmente Vaz Ferreira —intérprete original de nuevas circunstancias universales— que los tuvo. Ante todo y por encima de todo, la desaparición del sectario partidismo en las escuelas, fuente obligada de incomprensión y de intolerancia, al que dedicó ya severos pasajes de su disertación en el concurso de 1897. “La enseñanza de la filosofía —dijo entonces— suscita en nuestro país, a mi juicio, una cuestión de vital interés: yo creo que el profesor de esta asignatura tiene hoy y tendrá por varios años, una importantísima misión que procuraré hacer comprender, con un ligero estudio del estado de los conocimientos y de la enseñanza filosófica entre nosotros”. Esa misión era la de desterrar la general y arraigada creencia de que todo el pensamiento filosófico se encuadra en escuelas rígidamente determinadas. Creencia —agregaba— que “ha producido ante todo la confusión, como trataré de probar que esa concepción es estrecha e impropia para comprender la Filosofía; y ha producido además la intolerancia y el exclusivismo, al presentar a ésta dividida en un número fijo y limitado de teorías opuestas e irreconciliables”.

Esas preliminares expresiones de Vaz Ferreira resultan imprescindibles a los fines de fijar el significado histórico de su magisterio, como verdadero punto de partida que fueron —antece-

dente lógico tanto como cronológico— de la fundamental reforma que este magisterio llevó a cabo en nuestra vida filosófica. Ellas encierran la clave de lo que iba a ser luego la parte más recóndita y personal del mensaje vazferreiriano. De la repulsa de las escuelas derivaría en línea directa la proscripción del espíritu de sistema y del pensar y resolverse por fórmulas, estrecha manera de torturar la realidad y en definitiva ignorarla; la resistencia a la adopción novelera a los ismos ultramarinos, facilidad y abdicación de la inteligencia latinoamericana; la prevención contra los formalismos lógicos y los abstraccionismos verbo-conceptuales, que cavan un abismo sutil, pero fatal, entre el pensamiento y el lenguaje; la libre y valerosa profundización de los problemas, con obstinado apego a los hechos que configuran su planteamiento y desprejuiciado desapego a las soluciones dadas o a las consecuencias posibles; la aproximación del conocimiento a la acción, del pensamiento a la vida; el imperio de lo concreto en las ideas y en los ideales, para convertir a aquéllas y a estos, de extraños y a veces adversarios, en amigos y compañeros de lo real.

...

Por intermedio de Vaz Ferreira el positivismo de Spencer en que se formara, perdió así —sin que aquél hiciera reconocimiento expreso de lo que se le debía y, en verdad, de lo que le debía— la hegemonía indiscutible que ejerciera en la Universidad vazquezacediana de fines de siglo. Pero no para dar sitio a otra escuela cerrada o a otra tendencia dogmática. La imperiosa presencia viviente de Bergson y James —entre los mayores— excitó el instinto especulativo del nuevo maestro y contribuyó a deslindar su situación histórica de conciencia, vinculándola con la problemática filosófica de su tiempo. Pero sin ninguna declarada adscripción al contenido o simplemente al criterio de sus concepciones. Un aura de originalidad y de autenticidad, de libertad y de sinceridad, habría de poner en toda su obra esa incitante frescura de comienzo en las orillas linderas de la realidad y el pensamiento —para la exploración del entendimiento lógico, de la conciencia moral, de la sensibilidad estética, de los problemas pedagógicos o los problemas sociales— que es, fuera de discusión —por discutidos o discutibles que hayan sido o puedan ser los aciertos parciales— su mérito y su lección más grandes.

Si la obra de Vaz Ferreira no configura de ningún modo un sistema filosófico, cubre en cambio, en sus principales cuadros, el sistema de la filosofía. En el vasto acervo de observaciones y meditaciones que la integran están cumplidamente representadas la psicología, la lógica, la teoría del conocimiento, la metafísica, la ética, la filosofía de la religión, la estética, la filosofía jurídica y social, la pedagogía. Y, en todos esos órdenes una profunda continuidad espiritual establece la secreta e indestructible unidad del conjunto.

No sería posible resumir esa unidad en una fórmula o una palabra. Aquí, muy especialmente, corresponde tener en cuenta la advertencia de Rodó: “No hay nombre de sistema o escuela que sea capaz de reflejar sino superficial o pobremente la complejidad de un pensamiento vivo”. Pero si nos empeñáramos de todas maneras en servirnos, con las obvias reservas, de un término guía, tendríamos que hablar a propósito de Vaz Ferreira, de una **filosofía de la experiencia**, aludiendo a un esencial empirismo que no es simple criterio metodológico o académica definición respecto a la fuente del conocimiento. A un empirismo que, mucho más allá de eso, hace de la experiencia en sí misma, el gran dominio de la reflexión filosófica, después de concebirla como ecuación de la vida, en su acepción de ámbito y contenido, a la vez que movilidad indefinida, de la conciencia humana, de la existencia humana.

Al apuntar así, en términos forzosamente sumarios, la significación filosófica de Vaz Ferreira, no olvidamos que tanto como excepcional filósofo ha sido excepcional educador. Solo que

en él, fuera de que una y otra cosa han marchado siempre entrelazadas, el educador ha estado constantemente inspirado y sostenido por el filósofo.

Como educador, Vaz Ferreira pertenece a una menguada estirpe de ilustres servidores de la educación, que en nuestro país han desarrollado por igual acción de primer plano —como docentes, como directores o como impulsores— en las tres grandes etapas —primaria, media y superior— de la enseñanza pública. Plácido Ellauri en el tercer cuarto del siglo pasado. Alfredo Vázquez Acevedo en el último cuarto del mismo. Eduardo Acevedo, como Vaz Ferreira, en nuestro siglo, desde fines del anterior. Pero la acción de Vaz Ferreira ha sido más completa y universal que la de ningún otro, porque ha sido más dilatada en el tiempo, porque en su caso el ejercicio educacional ha estado habitualmente enriquecido por una valiosísima reflexión pedagógica, porque —sobre todo— en el campo de la enseñanza superior, además de la universitaria clásica ha servido como bien se sabe como Maestro de Conferencias y como gestor de esta Casa, a la humanista y científica no profesional.

La verdad es, aún, que en la vida de Vaz Ferreira, el educador ha dominado al filósofo, que el filósofo ha sido sacrificado voluntariamente al educador. Él mismo lo ha declarado, al decir: “En el ejercicio de la enseñanza, y en los cargos públicos que en ella desempeñé, todas mis aspiraciones intelectuales fueron dominadas, y, para lo especulativo, casi esterilizadas, por el fervor de educar”. Sus mismos libros filosóficos han tenido una radical intención educadora. Y no por el hecho externo de que recogieran el contenido de algunos de sus cursos docentes, sino por el sentido íntimo de este mismo contenido. A lo que Vaz Ferreira ha consagrado verdaderamente su vida es a educar, porque lo que por encima de todo ha querido realizar —y ha realizado— es enseñar a bien pensar, enseñar a bien sentir y enseñar a bien actuar. Lo que de más original ha hecho en la misma filosofía, ha sido, precisamente, a través de esa tarea, para servir a esa tarea.

Pero he aquí, sin embargo, una doble paradoja. En primer término, toda la obra educacional de Vaz Ferreira recibe su significado y su carácter, del núcleo o centro filosófico de su personalidad, de su actitud filosófica, de su entraña filosófica. Vaz Ferreira educador no se puede explicar sin el Vaz Ferreira filósofo, por más que éste haya servido al servicio de aquél. En segundo término, tan pronto se toma alguna distancia, es el filósofo, pese a aquella servidumbre de primer plano, el que se impone sobre el educador. Lo probable es que sea principalmente —ya que no exclusivamente— el formidable educador que hay en Vaz Ferreira el que ha suscitado la universalidad de estos homenajes que le tributan sus compatriotas contemporáneos. Pero es con certidumbre que el gran filósofo que hay en él, el que ante todo lo ha conducido a ese puesto de privilegio que la historia en formación de la filosofía continental no vacila en acordarle. A ese puesto que de norte a sur se le reconoce, junto con el cubano Enrique José Varona, el mexicano Antonio Caso, el peruano Alejandro Deustua y el argentino Alejandro Korn, en el pequeño y ya clásico grupo de los que Francisco Romero llamara **los fundadores**. Solitarios fundadores en la generación anterior, de una real filosofía latinoamericana que desde la escolástica colonial hasta el positivismo, no había hecho más que recorrer su historia.

Y estamos seguros de que será también el torso de ese filósofo socráticamente sacrificado en vida al “fervor de educar”, el que en definitiva irá afianzándose, creciendo y depurándose, en la memoria de la posteridad. ■